
Aportación Extranjera

Del México antiguo

Fantasia mítica

PAUL WESTHEIM

NACIO EN ALEMANIA en 1886. Estudió historia del arte en la Technische Hochschule, de Darmstadt y en la Universidad de Berlín. Discípulo de Heinrich Wölfflin y Wilhelm Worringer, fue catedrático de la Academia Berlinesa de Bellas Artes y dirigió la publicación de una serie de obras de arte titulada "Orbis Pictus". Entre los años 1917 y 1933 fue director, en Alemania, de las revistas de arte Das Kunstblatt y Die Schaffenden. Vivió en París de 1933 a 1940 y desde 1941 reside en México. LIBROS: El pensamiento artístico moderno, La escultura del México antiguo, El arte antiguo de México, El grabado en madera e Ideas fundamentales del arte prehispánico en México, todas ellas publicadas en este último país. El arte antiguo de México e Ideas fundamentales del arte prehispánico en México, son dos de las más importantes obras sobre arte americano publicadas en los últimos tiempos.

LOS *Anales de Cuauhtitlán* refieren que un sacerdote llamado Quetzalcóatl logró comprobar la concordancia cíclica entre los movimientos del sol y los del planeta Venus; concordancia que ocurre cada octavo año solar. (Ocho años solares = 2920 días; cinco años venusinos igualmente: 2920 días). Esta comprobación tuvo para los pueblos del México antiguo una enorme trascendencia; quizá fue el acontecimiento más decisivo de su evolución espiritual y religiosa. Podemos imaginarnos su perplejidad y angustia ante la aparente irregularidad de las cinco fases del planeta. En ese universo suyo, en que cada fenómeno estaba indisolublemente vinculado con el resto de ellos, en el cual no era concebible un fenómeno aislado, y menos alguno que no concordara con el orden sagrado, existía en el firmamento un astro que, burlando la ley cósmica, seguía una trayectoria caprichosa. Aquel hombre precortesiano debía de sentir un inmenso alivio cuando la sabiduría del gran sacerdote logró ave-

riguar que el misterioso vagabundeo del planeta Venus no sólo no contradecía su concepción del universo, sino que corroboraba la exactitud y verdad de ésta, que confirmaba la radical unidad del cosmos.

El extraño planeta, que aparece y desaparece dos veces en un solo período, llegó a considerarse como símbolo cósmico de la resurrección, concepto que el mito hace encarnar ante todo en la figura de Quetzalcóatl. El conocimiento de aquella concordancia proporción a los sacerdotes-eruditos un instrumento más para medir el tiempo: con él estaban en condiciones de agregar a las dos cuentas calendáricas —la del año ritual y la del año solar— una tercera: la del año venusino. No se arredraron ante la mayor complejidad del nuevo sistema, que prometía revelar más amplios aspectos, brindar posibilidades insospechadas de interpretar el acaecer mítico. Para llegar a su concepción unitaria del universo no recurrían a la abstracción ni se empeñaban en condensarlo todo en una fórmula, como lo hace la ciencia de nuestros tiempos. Lo que buscaban y creían haber encontrado mediante su sistema religioso era la variedad dentro de la unidad, tal como la ofrece la naturaleza, que forma un todo unitario a pesar de su inconmensurable multiplicidad.

Otra irregularidad inadmisible, ésta sólo artificialmente superable, la presentaba el sol. Aquellos pueblos agrarios no podían prescindir del calendario solar: dependían año por año de determinadas fechas, más o menos fijas, importantes para el cultivo de los campos, entre las cuales el principio de las lluvias ocupaba el primer lugar. La revolución sideral del sol se efectúa, hablando en cifras redondas, en trescientos sesenta y cinco días, número que en un sistema calendárico que cuenta con meses de veinte días no sale sin dejar resto. (Los meses de nuestro calendario gregoriano tampoco abarcan todos un mismo número de días). Los cinco días sobrantes, llamados en nahuatl “memontemi” —días inútiles— se consideraban como acia-gos; en ellos no se emprendía ninguna faena que tuviera importancia y ni siquiera se hacían sacrificios. No tenían nombre, no contaban.

La sabiduría sacerdotal del México antiguo alcanza su cima más elevada en la concepción del orden cósmico, tal como la revela el calendario ceremonial con sus doscientos sesenta días (trece meses de veinte días cada uno). El Tonalámatl (calendario ceremonial), divide estos 260 días en 13 unidades de 20 días o en 20 unidades de 13 días, pero recurre en algunos casos a otros sistemas de división. En el “Códice Borbónico” (lámina 21) vemos representada la crea-

APORTE EXTRANJERO

ción del Tonalámatl por la pareja ancestral: Cipactonal y Oxomoco. En los *Anales de Cuauhtitlán* los inventores del calendario, que constituye al mismo tiempo un reglamento de todas las circunstancias vitales, son al mismo tiempo los creadores del mundo; para los maya-quichés, en cambio, son los dioses los que crean al mundo y a los hombres, según los relata el POPOL VUH. 20: he aquí el número del hombre. Diez dedos de las manos y diez de los pies. (La palabra todavía usada en Chiapas para designar el número cuarenta, es "Chavini-nik", esto es: dos hombres); 20 es asimismo 4×5 . Cuatro es el número del sol y de los puntos cardinales. Cinco es la quinta dirección del mundo, el arriba y el abajo, y es igualmente el número del planeta Venus, es decir, el de sus fases. En la parte calendárica de muchos manuscritos pictográficos, por ejemplo en el "Códice Borgia", los veinte signos de los días están dispuestos en $4 \times 13 = 52$ columnas verticales de cinco signos. Trece es el número de los cielos y a la vez alude a una relación con la luna. $4 \times 13 = 52$, el número de años del llamado "signo mexicano". 260 (el número de los días del calendario ceremonial) $= 5 \times 52$, así como también $= 5 \times 4 \times 13$. En estas relaciones aritméticas se expresa por una parte el vínculo cósmico que une el sol, el planeta Venus y la luna y, por otra, la relación entre el hombre y los astros. Novalis dice que en los albores de la aritmética los números repetidos con mucha frecuencia y otros extraños fenómenos aritméticos "forzosamente habían de ocupar la imaginación del hombre y hacerle ver en la ciencia de los números un tesoro de sabiduría oculto en las profundidades, una llave para todas las puertas cerradas".

Otra coincidencia, de la más alta importancia en la vida y no menos en la conciencia de los pueblos del México antiguo, es la "ata-dura de los años" —representada en la escritura jeroglífica en forma de un nudo—, aquel día en que al cabo de cincuenta y dos años volvían a coincidir ambas cuentas calendáricas, la del año solar y la del año ritual. Cincuenta y dos años solares de trescientos sesenta y cinco días, y setenta y tres años rituales, de doscientos sesenta, dan el mismo resultado de 18.980 días. Según Sahagún, Quetzalcóatl fue el "inventor" de esa coincidencia, como lo fue también del ritual del Fuego Nuevo. "La rueda calendárica", como se designaba el ciclo de cincuenta y dos años, empieza de nuevo, la relación entre las dos cuentas calendáricas vuelve a ser la misma que al principio del ciclo. La medianoche en que tocan a su fin ambos ciclos de años es el momento

más sagrado del México antiguo. Ha terminado una época. Ha muerto el tiempo. Pero a la muerte sigue la resurrección. Así como el hombre comienza en el más allá una nueva vida, así como el grano de maíz tiene que morir en el seno de la tierra para brotar, convertido en una nueva planta, así resurge también el tiempo. El hombre lo resucita con el conjuro mágico de su sacrificio. Nace una nueva época, un nuevo mundo.

En el México antiguo el día estaba dividido en veintidós horas: trece de ellas, correspondientes a los trece cielos, pertenecían al día; las nueve restantes, en consonancia con las nueve zonas del mundo inferior, a la noche. La unidad del día era idéntica a la unidad del mundo. La tierra no contaba como una zona especial. El aire encima de ella ya formaba parte de los cielos y en su superficie acababa o comenzaba el inframundo. Por esto todos los dioses de la tierra son al mismo tiempo dioses de la muerte.

En la pirámide, creación monumental colectiva, cuya suprema claridad patentiza la espiritualidad de los pueblos precortesianos, puede comprobarse lo mismo, tanto en su estructura —los cuatro ángulos, la orientación de acuerdo con los puntos cardinales, el número de las zonas, el número de las gradas de la escalinata—, como también en su decoración. En esta magia aritmética, que confiere a cada número un significado simbólico y que, combinándolos, crea o revela relaciones, confluyen la más clara conciencia lógica y la más audaz fantasía especulativa. Para aquella fantasía mítica, que no es vaga ni arbitraria, el milagro de los milagros es la unidad (tal como la ofrece también el cielo estrellado), el vínculo que liga todos los fenómenos entre ellas y con el todo, en síntesis —si se me permite repetir esa frase— la variedad dentro de la unidad.

Pero lo digno de notarse no es sólo la regularidad a la cual se aspira: más notable aún es el apasionado esfuerzo por evitar la irregularidad. El fenómeno como tal se priva, por así decirlo, de su unicidad, se incorpora a un ritmo; es portador de ese ritmo, del cual a la vez forma parte, como eslabón de una cadena. Ritmo, repetición rítmica, armonía equilibrada; he aquí los mismos elementos a que recurre el arte para conferir a sus creaciones el carácter de lo sagrado.

Hay que hacer notar que no se trata en absoluto de su sistema ideológico construido por encima de la realidad, sin relación con ella. El subfondo sobre el cual se eleva esa fantasía mítica es el conocimiento del dualismo, de esa ley demoníaca del perecer y nacer a la

APORTACION EXTRANJERA

cual está sometido todo ser y todo devenir. El antagonismo de las destructoras fuerzas de la naturaleza no se niega ni se escamotea filosóficamente. Pero se pregunta por el sentido de lo aparentemente sin sentido, se pregunta por la significación de aquellas potencias, de que el hombre depende en un doble sentido: existe gracias a ellas y, a la vez, es víctima de su caprichosidad. El conocimiento de que un perecer precede a todo nacer, de que el perecer es la condición previa del nacer y del ser, supone la visión de un universo regido por el principio de la polaridad, gracias al cual la muerte deja de ser absurda. En torno a esa polaridad, que explica y justifica lo enigmático del fenómeno, giran los esfuerzos de todas las religiones y de toda la ciencia.

En el POPOL VUH leemos que cuando los dioses habían creado a los primeros hombres, no les parecía bien que éstos lo conocieran todo, "todo lo grande, todo lo pequeño". Entonces les petrificaron los ojos, "lo que los veló como el aliento sobre la faz de un espejo", de suerte que "no vieron más que lo próximo". Reconocer al través del velo, es decir, detrás de la apariencia de las cosas el orden que las rige, es superar el caos. Superar el caos es la tarea encomendada al hombre precortesiano.

La concepción mágica que rige la estructura del Tonalámatl no sólo abarca al mundo terrenal, sino también a las divinidades. El hecho de que el sistema numeral comprenda hasta a los dioses, constituye una especie de conjuro mágico, dirigido contra la arbitrariedad, contra la ciega rabia de las fuerzas de la naturaleza personificados por ellas. También los dioses pueden provocar el caos: cuatro veces, en las cuatro destrucciones del mundo, lo demostraron. Hay que recurrir a todos los medios de conjuro para desvirtuar su demoníaco poder. Incorporados al orden universal, sujetos a la ley cósmica, dejan de existir y obrar aisladamente. La ley revelada en las estrellas domina su violencia destructora, ley que no admite las irregularidades, como lo demostró Quetzalcóatl al descubrir la concordancia entre las revoluciones del sol y las del planeta Venus. Y los dioses no sólo representan las fuerzas de la naturaleza, sino también los astros: en ellos confluyen los acaeceres terrenales y los celestes.

El mito crea, al lado y por encima de la realidad humana, una realidad suya, la realidad mítica, que tiene su propia razón y, por consiguiente, su propia expresión. La fantasía míticomágica que concibe el mundo entero, con todas sus dimensiones y potencias en la



Códice de Dresde (lámina 36)

APORTACION EXTRANJERA

forma abstracta de cifras y relaciones aritméticas, también logra crear símbolos colectivos. Esa fantasía mítica de que proceden y que a la vez estimulan, es de índole poético-religiosa y no está sujeta a los límites de lo ópticamente perceptible. El mito cubre de plumas el cuerpo de la serpiente y convierte al colibrí, símbolo de la resurrección, en atributo del dios solar, porque para él la puesta del sol y su reaparición en la mañana es un perecer y resucitar. En el "Códice de Dresde" (lámina 36) vemos a una deidad sedente cuyo tocado tiene forma de una serpiente con cabeza de pájaro. Según el mito de los mayas Cakchiqueles los primeros hombres son creados de la sangre de la serpiente, llevada por un pájaro a Tamoanchán, lugar primordial, lugar del nacimiento. El pájaro representa allí el cielo, la culebra la tierra fecundada por el dios solar. El pez en el pico de la serpiente-pájaro, es la progenie de esa unión. Por otra parte el pez es el "nahual" del dios del maíz: alusión al origen del hombre que fue creado del grano de maíz: "la sustancia que debía entrar en la carne del hombre... esto fue su sangre; esto se volvía la sangre del hombre" (POPOL VUH). Mayáhuel, la de los cuatrocientos pechos, diosa del pulque y de la luna, una de las deidades de la fecundidad,



Códice Borgia (lámina 16) Mayáhuel amamantando al pez.

amamanta un pez en la representación del “Códice Borgia” (lámina 16). Es el dios del maíz recién nacido a quien alimenta; como tocado lleva una planta de maíz en flor. De esta manera el códice evidenciaba la relación pez-maíz-hombre.

En la iconografía precortesiana la cruz es una de las más sagradas forma simbólicas. La pirámide representa la estructura del Universo en sentido vertical: el mundo inferior, encima de él la tierra y encima de ésta las trece zonas del cuerpo piramidal, correspondientes a los trece cielos en que moran los dioses. La cruz, imagen de la unidad del mundo tal como se extiende en sentido horizontal, simboliza los cuatro puntos cardinales. Los brazos son los ejes norte-sur y oriente-occidente. La intersección señala el quinto punto cardinal, el arriba-abajo.

Los puntos cardinales desempeñan un papel fundamental en la concepción del mundo del México antiguo; son el factor sustantivo de toda existencia, tanto en el cielo como en la tierra. Cada uno de ellos tiene su carácter peculiar, que lo distingue de los demás: contrastes y diferencias reveladoras de la variedad del cosmos, que los abarca todos en una gran unidad. El punto cardinal influye en forma decisiva en la naturaleza, la acción y el destino del fenómeno regido por él. Determinado punto cardinal gobierna cada día del año y, por tanto, también cada hombre, pues su nombre es el signo del día en que nació. De determinado punto cardinal dependen cada color, cada planta y animal, los ríos y las montañas.

La representación más frecuente del universo marcado por cuatro puntos cardinales tiene la forma del aspa: hay también la de la cruz griega. Pero la forma de cruz en si no es lo esencial, cosa difícil de comprender para nosotros, acostumbrados a tomar en cuenta en la creación plástica la apariencia exterior de las cosas, sin preocuparnos por su sentido, por su “valor de esencia”: lo esencial de esa cruz es la posición de los puntos cardinales y la forma en que están enlazados. Los cuatro puntos cardinales son los puntos terminales del universo; más allá de ellos empieza la nada, el caos. En ellos se encuentran los cuatro pilares que sostienen los cielos —o, entre los mayas, los cuatro Bacabes, deidades en cuyos hombros descansa la bóveda celeste— y, en el mundo inferior, los cuatro Paualtines que sustentan la tierra.

Nos preguntamos: ¿por qué en lugar de unir los puntos cardinales por medio de dos rayas que se cortan, no se escogió como símbolo una figura en que éstos quedaran enlazados por cuatro rectas —formando un

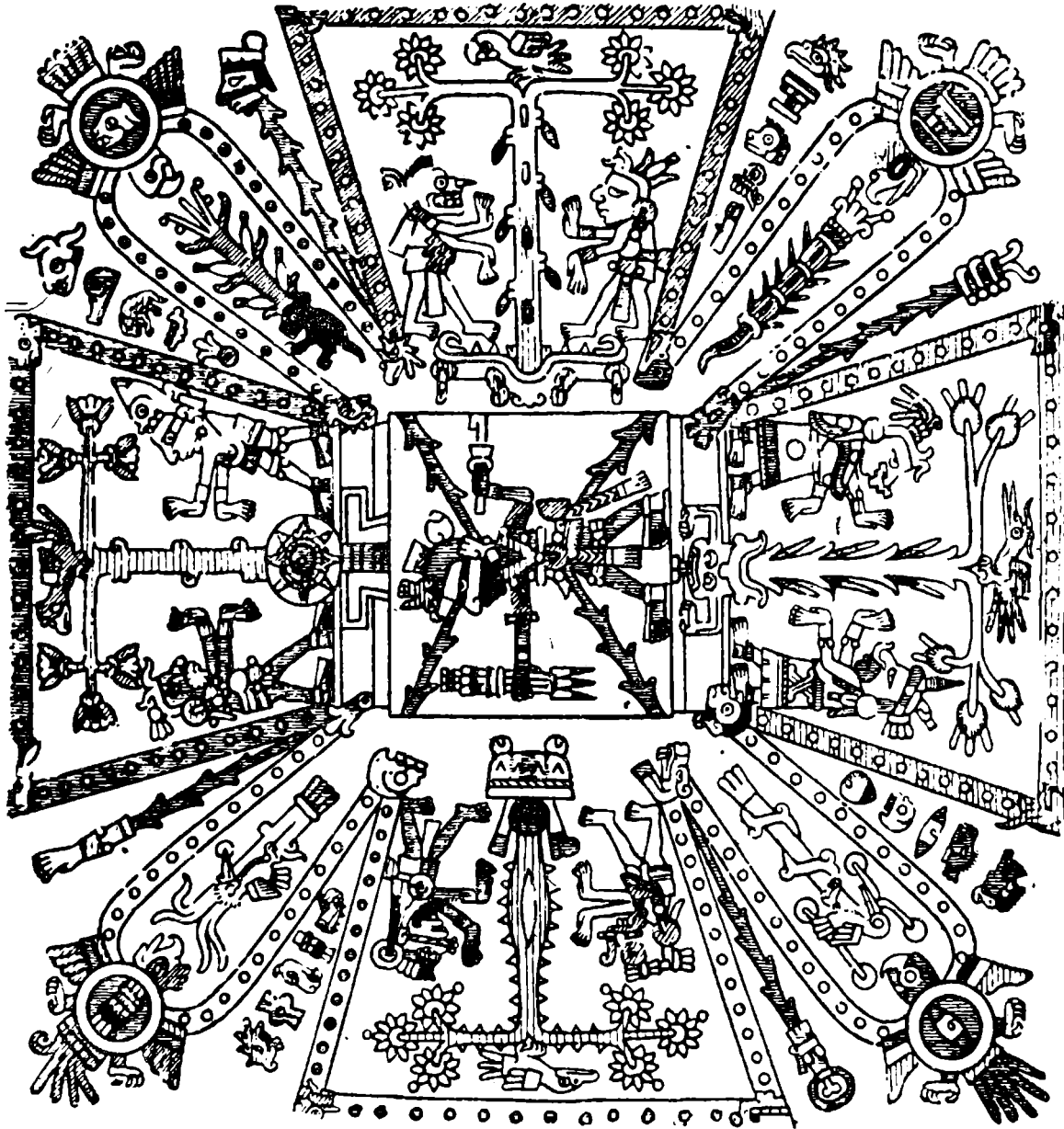
APORTACION EXTRANJERA

cuadrado— o por un círculo, con lo que se hubiera demostrado de la manera más plástica la limitación y la unidad del universo? Ahora bien: esa geografía mítica, valga la frase, no es tan primitiva como para contentarse con fijar y representar la extensión espacial: le importa revelar la función de ese organismo que es el cosmos, las fuerzas que lo estructuran y sus interdependencias mágicas.

Así es indispensable trazar los ejes, que ponen en evidencia la orientación del universo hacia el centro. Además hay otro aspecto de gran trascendencia: se abren entre los brazos de la cruz cuatro superficies. Son las cuatro regiones en que se divide el universo. Cada una de ellas es gobernada por una divinidad determinadora de su función. El sur, de color azul, es la región del dios solar y de la muerte en la piedra de los sacrificios; es la morada de los guerreros caídos en la batalla. El norte (negro) es la región de Tezcatlipoca, del pecado, de la sequía, de las tinieblas. En ella se encuentra la entrada al mundo inferior, morada de los difuntos. El oriente (rojo) es la tierra de la abundancia, del crecimiento y de la fecundidad; la tierra de Xipe Totec, dios de la siembra del maíz, de Tláloc, dios de la lluvia y de Mixcóatl, la Serpiente de Nube. El oeste (blanco) es el mundo de Quetzalcóatl, del planeta Venus, del cuarto creciente, del maíz, el ámbito de la procreación del nacimiento. El centro, “ombligo del mundo”, es la mansión del dios del fuego, el de rostro amarillo, “el padre y la madre de todos los dioses y el más antiguo...” (*Sahagún*). El fuego, origen de todas las civilizaciones, existió según el mito mexicano antes de la creación del sol. Según Seler, las cuatro corrientes de sangre en la lámina 1 del “Códice Fejérváry-Mayer”, parten del más antiguo de todos los dioses en dirección a los cuatro puntos cardinales, “pues como señor del centro el dios del fuego es también señor de los cuatro puntos cardinales”. He aquí, pues, el origen mítico de los cuatro brazos de la cruz.

Para el hombre del México antiguo la cruz es la revelación de un Cosmos unitariamente concebido. Un factor importantísimo en la configuración de este signo es su nexos con el número cuatro. Dentro de la mística de números, sumamente desarrollada en el mundo precortesiano, el número 4 ocupa un lugar muy peculiar. El número en sí, concepto abstracto, que sólo cobra realidad concreta en relación con determinado objeto, tiene carácter mágico. Los mayas tenían para cada número, desde 0 hasta 13, determinado dios o patrono divino (*Morley: LA CIVILIZACIÓN MAYA*). En el fondo todos los números eran números sagrados. Cuatro es el número de la creación. Cuatro destrucciones

del mundo son necesarias para que pueda surgir el mundo actual. Los cuatro dioses creadores son los cuatro Tezcatlipocas: el Texcatlipoca negro del norte, el Tezcatlipoca rojo del occidente; Xipe Totec, el Tezcatlipoca azul, —el del sur— llamado Huitzilopochtli, y Quetzalcóatl,



Códice Fejérváry - Mayer (lámina 1)
Las cinco regiones del universo y sus deidades.

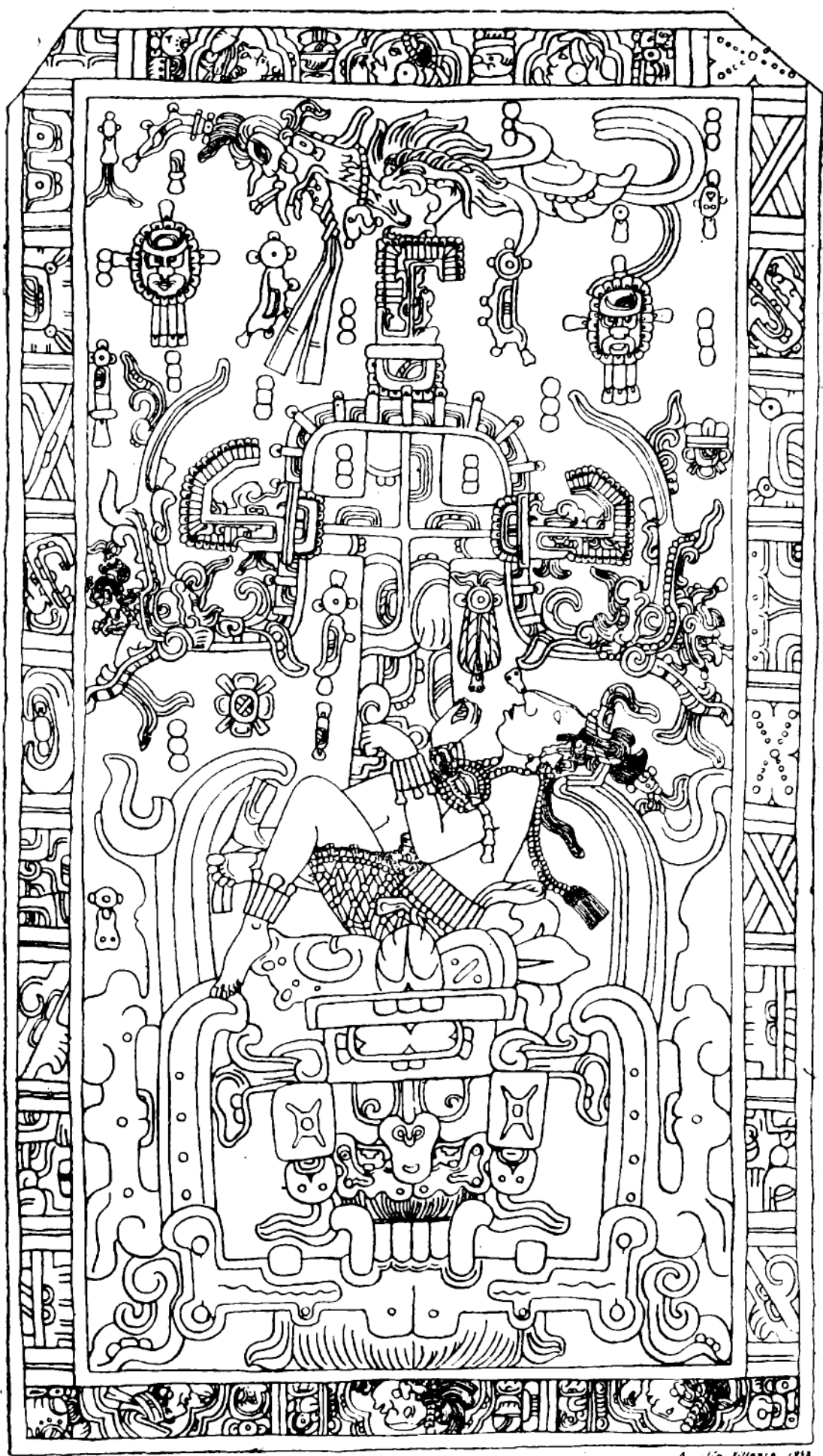
la Serpiente Emplumada, el Tezcatlipoca del este. Cuatro es el número del orden cósmico. El Universo se extiende en cuatro direcciones como el juego de pelota con sus cuatro divisiones, como la pirámide, que está definida por sus cuatro ángulos, como la casa, que descansa en cuatro postes esquinales, como la sembradura de maíz, demarcada por cuatro

APORTACION EXTRANJERA

palos. Cuando los sacerdotes fuman tabaco, acto mágico, deben soplar el humo hacia los cuatro puntos cardinales, para que el conjuro sea eficaz. El peyote, cactus sagrado de los tarahumaras, muestra una división cruciforme, por lo cual lo llaman en esa tribu el dios de los cuatro rostros (*Lumholtz: EL MÉXICO DESCONOCIDO*). Cuatro caminos conducen al mundo inferior. Es el número en que se expresa la armonía integral, el triunfo sobre el caos —la doble simetría, como lo llama Goethe en su *Teoría de los Colores*. En él se equilibra el dualismo (doble dualismo, dos veces dos). Es la norma, “la conciliación total y omnimoda” (*Seler*). Sahagún habla del cuatro divino. “De acuerdo con su naturaleza el pensamiento mítico no puede darse por satisfecho con comprender y contemplar in abstracto todas esas relaciones y coordinaciones; para asegurarse de ellas, debe integrarlas en un figura clara y tenerlas presentes en esta forma sensible y plástica. Así la adoración del 4 se manifiesta en la adoración que se profesa a la forma de la cruz, uno de los más antiguos símbolos religiosos. . . .” (*Ernst Cassirer: PHILOSOPHIE DER SYMBOLFORMEN*).

Los cuatro brazos de la cruz expresan que el sol brilla sobre las cuatro regiones del mundo, que las ilumina y calienta y que su energía fecundadora actúa en todas ellas. Una inversión de la cruz es Olin, el décimoséptimo entre los signos de los días en el calendario de los pueblos nahuas. (El signo maya que le corresponde es Kaban). En el centro, punto de intersección de los ejes, se encuentra un círculo o un ojo, el Ojo del Sol. Los brazos ensanchados forman dos superficies, pintadas de un lado de color claro, del otro de color oscuro: el contraste de día y noche, de caliente y frío, de lo masculino y lo femenino. Olin significa movimiento. Escribe Durán: “El cual vocablo quiere decir cosa que anda y se mueve”. El Sol es el astro que más visiblemente se mueve en el firmamento: es símbolo cósmico del movimiento. En relación con el número 4 —*nauí olin*— el signo es sinónimo del sol, del movimiento del sol respecto a los cuatro puntos cardinales y las cuatro estaciones del año, caracterizados por los cuatro extremos de la cruz.

El viento sopla de las cuatro esquinas del mundo. Por tanto Ehécatl dispone de cuatro clases de viento, unas favorables, otras peligrosas. El viento que llega del este, región de la abundancia y de Tlalocan, el Paraíso Terrenal, es el benévolo, el fecundante. El norte, que llega del reino del numen de la muerte, es la temida tempestad. Dada la unidad estructural del Cosmos, es natural que el dios de la



Lápida que cerraba la tumba descubierta dentro de la pirámide del *Templo de las Inscripciones* (PALENQUE)

APORTACION EXTRANJERA

lluvia disponga análogamente de cuatro clases de agua. En su morada se encuentran cuatro tanques con las diferentes lluvias que manda a la tierra por conducto de los Tlaloques, sus ayudantes. Según la HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS, la primera es buena para las simientes y los panes, la segunda anula las plantas, la tercera las hiela y la cuarta las seca. La adoración de aquellas dos deidades, de cuya benevolencia dependía la existencia de la comunidad —buenas cosechas o hambres— dio lugar a la creación del símbolo de la cruz, que es la cruz del viento de Quetzalcóatl o bien la cruz de la lluvia de Tláloc, y que por su forma es alusión a las cuatro clases de vientos y aguas y a los cuatro puntos cardinales.

Tierra, sol, aire (viento) y agua (lluvia), los elementos de la naturaleza, se simbolizan en la forma de la cruz. El cuatro divino es además la representación de la vida misma, del tonacacuáhuatl o Arbol de la Vida, que aparece en esos relieves de estuco que son la gloria de Palenque. En el relieve esculpido en la lápida que cerraba la tumba descubierta dentro de la pirámide del *Templo de las Inscripciones*, la idea del árbol de la vida está vinculada con las otras dos fundamentales concepciones metafísicas del México antiguo, la del sacrificio —la conservación e incesante renovación del Cosmos mediante el sacrificio del hombre— y la de la resurrección, la idea de la inmortalidad y la indestructibilidad de la energía vital. Sobre el altar se ve, yacente, a un sacrificado de cuyo cuerpo brota el árbol de la vida (o la mata de maíz). Arriba aparece una vez más el quetzal, atributo del dios solar —que renace todas las mañanas— a la vez que símbolo de la resurrección.

(Traducción de MARIANA FRENK)